

ESPAÑA, EUROPA Y EL CRISTIANISMO

FEDERICO SUAREZ

El último gran discurso del Papa Juan Pablo II durante su viaje apostólico a España fue el que pronunció en la catedral de Santiago de Compostela, ante la tumba del Apóstol, el 9 de noviembre de 1982. Era Año Santo Jacobeo. Tuvo por tema a Europa, y quiso que estuvieran presentes en aquel acto representantes de organismos europeos, y de las organizaciones y de los obispos del continente. El Papa evocó «aquellos caminos que, ya desde la Edad Media, han conducido y conducen (...) innumerables masas de peregrinos, atraídas por la devoción al Apóstol» (47,1).

En efecto, todos los pueblos de Europa, nórdicos y meridionales, eslavos, francos y germanos; todas las clases sociales, reyes y aldeanos, santos y pecadores, nobles y comerciantes, borradas todas las diferencias por el denominador común de su carácter de peregrinos, se dieron cita en Compostela, adonde acudían a postrarse ante los restos del Apóstol para alcanzar el perdón en los jubileos, para cumplir un voto, o simplemente por devoción. Europa entera estaba en torno al sepulcro de Santiago, «justo en los mismos siglos en los que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente» (47,1).

Señalar esta sincronización quizá fuera un cumplido por la coincidencia de pronunciar su discurso sobre Europa en Compostela, aunque es más probable que eligiera Compostela, precisamente por su significación y por ser Año Santo, como el lugar adecuado para lo que quería decir. Y lo que quería decir, y dijo, no era un discurso político, ni siquiera de alta política (como el tema —Europa— parecía indicar), sino religioso, en perfecta consonancia con todo el conjunto de su visita apostólica. Vino a decir, en resumen, que si Europa quería volver a estar unida debía reencontrar aquello que le dio unidad: la fe cristiana.

El discurso, pues, de Juan Pablo II sobre Europa fue un llamamiento a la conversión, a reasumir aquellos valores espirituales y morales a los que debió su existencia, y en los que precisamente radicó su propia identidad; los que le dieron no sólo su carácter peculiar, sino la fuerza interior capaz de crear culturas y enriquecer al mundo. Así lo reconoció,

hace treinta años, Christopher Dawson en uno de los libros que más profundamente han tratado el tema de Europa, cuando escribió que Europa sólo podía ser comprendida, «en su desarrollo histórico, por medio de la cultura cristiana, pues ella constituye el centro de todo el proceso, y fue bajo el signo de la Cristiandad como Europa tuvo por primera vez conciencia de sí misma en cuanto comunidad de pueblos poseedores de valores morales y objetivos espirituales coparticipados»¹: de los *mismos* valores morales y de los *mismos* objetivos espirituales.

1. *Raíces cristianas de la unidad de Europa*

Coincidió, en efecto, el comienzo de las peregrinaciones a Compostela con la formación de Europa como unidad, hasta el extremo de que el Papa pudo citar la insinuación de Goethe de que «la conciencia de Europa ha crecido peregrinando». En el siglo IX se descubrieron los restos del Apóstol, y fue entonces cuando comenzó la evangelización de Dinamarca y Suecia, y cuando los hermanos Cirilo y Metodio llevan la Buena Nueva a los eslavos; en el siglo XI comenzaron las peregrinaciones al sepulcro del Apóstol, y fue entonces cuando Noruega acepta el cristianismo con Olaf el Grande, cuando con San Esteban penetra totalmente en Hungría, y cuando se establece el primer obispo propio en Islandia y en Upsala. Antes, en el siglo X, entre el descubrimiento de la tumba de Santiago y el comienzo de las peregrinaciones, habían sido Bohemia y Polonia, y antes aún, en el VII, la evangelización de los germanos por San Bonifacio, y de Inglaterra por el monje Agustín, y todavía antes, en el V, San Patricio había iniciado en Irlanda la conversión de aquel pueblo a la fe.

Pudo, pues, el Papa afirmar que «la historia de las naciones europeas va a la par con su evangelización; hasta el punto de que las fronteras europeas coinciden con las de la penetración del Evangelio», y lo que es más, «se debe afirmar que la identidad europea es incomprensible sin el cristianismo, y que precisamente en él se hallan aquellas raíces comunes de las que ha madurado la civilización del continente, su cultura, su dinamismo, su actividad, su capacidad de expansión constructiva también en los demás continentes; en una palabra, todo lo que constituye su gloria» (47,2). No es que el cristianismo, o la Iglesia, o figuras como Patricio, Agustín, Bonifacio, Adalberto, Cirilo y Metodio y tantos otros, quisieran, mediante la predicación del Evangelio, «construir» Europa. Ellos sólo querían dar a conocer a Cristo, único Camino para la salvación, y por supuesto ni les preocupaba Europa ni, probable-

1. Chr. DAWSON, *Hacia la comprensión de Europa*, Madrid 1953, p. 42.

mente, sabían lo que con tal palabra se significaba. La «construcción» de Europa no fue un objetivo, sino un resultado; Europa se fue haciendo como consecuencia del poder unitivo del cristianismo, de esa fe en Cristo para el que ya no hay libre ni siervo, griego o bárbaro (cfr. Gal 3,28).

Porque ¿qué podía haber en común entre los vencidos pueblos romanizados y los bárbaros vencedores, cuando ni siquiera entre éstos había unidad? Entre los elementos que configuraron esa entidad que conocemos con el nombre de Europa se menciona a Grecia —la filosofía, el arte, la libertad, el individuo—, a Roma —el Estado, la Administración, el Derecho—, a la Iglesia; pero se suele dejar demasiado en la sombra a los pueblos germánicos, cuando fue precisamente la organización peculiar de los germanos, su derecho público, el que configuró la convivencia política durante largos siglos: el feudalismo (que no tiene nada que ver con la noción simplista de Marx, popularizada —y hasta extendida hasta fines del XVIII!— por sus creyentes), con la tupida red de relaciones personales de vasallaje y protección, de beneficio y fidelidad, así como la monarquía medieval, proceden de los germanos, no de los romanos. Y fueron los obispos quienes, al desaparecer con las invasiones la autoridad romana, ejercieron el oficio de *defensor civitatis* y suavizaron los rigores del pueblo vencedor, terminando por atraer a los pueblos a la fe católica. Así, desde Suecia y Noruega hasta Nápoles o Toledo, desde Braga hasta Cracovia, una misma fe, un mismo credo, idénticos principios morales, el mismo Sacrificio, el mismo Derecho (el de la Iglesia) y la misma lengua (el latín), expresión del mismo modo de pensar, hacían que ningún hombre se considerara extraño en ninguna parte. Todas las flaquezas humanas, los egoísmos, las guerras, los abusos y hasta las brutalidades que los hombres cometían (y de los que nadie que viva en estos tiempos de guerras brutales y campos de concentración puede escandalizarse), no eran suficientes para destruir, y ni siquiera para empañar, esta unidad. No se puede hablar, con referencia a los orígenes de Europa, de relaciones y acuerdos internacionales, sino de un espíritu de universalidad, capaz de dar unidad a lo diverso, y fue el cristianismo quien comunicó este carácter que le era tan propio. Por encima —o por debajo, según se prefiera— de todas las diferencias nacionales o regionales, de razas o territorios, de estratos sociales o de intereses, había un factor de integración más poderoso que las fuerzas disgregadoras, y este factor era de carácter religioso. No es una simple coincidencia el que la Iglesia, última instancia en todo cuanto se refería a la fe y costumbres, lo fuera también en no pocas ocasiones para asuntos puramente terrenos entre príncipes.

Esto, dejar bien sentado que la fe cristiana es la raíz de donde surgió esa unidad que conocemos con el nombre de Europa, fue lo primero en el discurso del Papa. Un discurso muy bien construido, breve y claro,

de intención manifiestamente apostólica y de un tono esperanzado en las posibilidades de resurgimiento a pesar de los obstáculos.

2. *La crisis de identidad de Europa*

De estos obstáculos se ocupó en segundo lugar, de lo que calificó de crisis: «no puedo silenciar el estado de crisis en el que se encuentra al asomarse al tercer milenio de la era cristiana» (47,3), una crisis que afecta tanto a la sociedad civil como a lo más íntimo y personal que hay en cada hombre, al aspecto religioso, que se manifiesta al exterior en el clima social que va creando.

La crisis de Europa se observa en el plano civil por la división interna: «Unas fracturas innaturales privan a sus pueblos del derecho de encontrarse todos recíprocamente en un clima de amistad, y de aunar libremente sus esfuerzos y creatividad al servicio de una convivencia pacífica» (47,3). Pero hace ya mucho tiempo que desaparecieron aquellos principios que permitían este tipo de convivencia. Los nacionalismos, que ya comenzaron a apuntar en el siglo XVI (*cujus regio, ejus religio*) y alcanzaron su máxima fuerza en el XIX, tuvieron como consecuencia la destrucción del ideal de universalidad, sustituido en adelante por el internacionalismo, que ya no es la variedad en la unidad, sino una relación de ingenio, astucia y habilidad por defender cada uno contra los demás sus intereses particulares, creando una tupida red de pactos y tratados, en perpetuo equilibrio inestable, que mantiene a los gobiernos en una continua vigilancia llena de recelo. Ya no se reconoce un bien común a todos los pueblos ni, por tanto, lo que podría unir de nuevo a las naciones en un ideal compartido.

Pero lo que en el terreno de las relaciones entre los pueblos es malo, se hace todavía peor en la vida civil, «marcada por las consecuencias de ideologías secularizadas, que van desde la negación de Dios o la limitación de la libertad religiosa, a la preponderante importancia atribuida al éxito económico respecto a los valores humanos del trabajo y de la producción; desde el materialismo y el hedonismo, que atacan los valores de la familia prolfica y unida, los de la vida recién concebida y la tutela moral de la juventud, a un *nihilismo* que desarma la voluntad de afrontar problemas cruciales como los de los nuevos pobres, emigrantes, minorías étnicas y religiosas, recto uso de los medios de información, mientras arma las manos del terrorismo» (47,3).

Ideologías secularizadas: he ahí la raíz de la progresiva degradación de la vida civil. Paulatinamente, casi podría decirse que imperceptible y subrepticamente, la fe se fue arrinconando en algún lugar de la conciencia para ser sustituida por ideologías desvinculadas de toda savia sobrenatural. Claro está que para llegar a empapar la sociedad civil —y

aun, quizá, no pequeña parte de la eclesiástica—, tales principios secularizados y secularizantes han necesitado de un largo proceso. Comenzó con la Reforma y el humanismo antropocéntrico, y ésta fue la primera gran ruptura de la unidad de Europa y el primer paso hacia la desvinculación de lo sobrenatural; el racionalismo cartesiano fue la siguiente etapa en este camino de disolución, y su primera consecuencia fue lo que Paul Hazard llamó «crisis de la conciencia europea». Luego vino la crisis política con la Revolución francesa, que asienta el reinado de los ideólogos políticos y exacerba los nacionalismos; finalmente, la crisis recorre sus últimos estadios y alcanza a la sociedad (revolución de 1848) y a la misma existencia con las doctrinas del existencialismo ateo que duda, o niega, que la vida del hombre tenga algún sentido.

Esta desvinculación del pensamiento, este apartarse de la fe cristiana, de la Revelación, lleva, como una consecuencia natural, a un género de vida disolvente. Si no se reconocen valores espirituales, si no se admite, o si se prescinde simplemente, de Dios, en el que se enraíza cualquier valor espiritual (si es que tiene que tener algún sentido), si se niega o se borra toda referencia a una vida ultramundana, precedida por un dar cuenta cada uno del uso que ha hecho de su existencia; en una palabra, si se miran las cosas sólo del lado de acá de la muerte, entonces el materialismo y el hedonismo, todo exceso y cualquier acción está justificada. «Comamos y bebamos que mañana moriremos»: he aquí, en resumen, la vida del hombre reducida a pura animalidad si desaparece Dios (con todo lo que su existencia lleva consigo) de su horizonte. He aquí, también, la razón de que se esté intentando construir un mundo en el que el hombre —no Dios— decide cuál es la naturaleza de las cosas: es el hombre quien decide, quien decreta cuándo comienza la vida, cuál es la esencia del matrimonio, cuáles son sus fines, qué es lo que se puede hacer y qué lo que está prohibido, qué es lo bueno y qué es lo malo. Todo esto, y otras muchas cosas, están significadas en la negación de Dios y en las expresiones «materialismo» y «hedonismo».

Por lo que respecta al aspecto religioso, raíz de cualquier otra manifestación (pues de la relación del hombre con Dios depende la orientación que dé a su vida), también Europa está dividida; pero no tanto, «ni principalmente» —dijo el Papa— «por razón de las divisiones sucedidas a través de los siglos» como por otra causa que consideró de mayor actualidad y quizá de mayor peso todavía: «la defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del rigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida», de esa fe y esa visión que «garantiza equilibrio a las personas y comunidades» (47,3).

La Reforma escindió la cristiandad, y el humanismo antropocéntrico rompió la unidad esencial del pensamiento que hasta entonces existía, y ambos acontecimientos, Reforma y Renacimiento antropocéntrico, rompieron con la Tradición para comenzar —en su intención, al

menos, pues no podían prescindir de los siglos que les precedieron— una nueva era, un nuevo modo de vida que les enlazaba con la Iglesia primitiva y con la Antigüedad clásica, encerrando en un paréntesis los siglos medios. Fue Guicciardini quien lo expresó explícitamente, y quizá despectivamente, al calificar el período que separaba la época clásica del Renacimiento, que ellos comenzaban, como «Edad Media», una edad sin sustancia ni entidad. Si a pesar de este desgarrón en la unidad de Europa; si a pesar de la entidad de este acontecimiento, Juan Pablo II lo considera menos grave y decisivo que la actual defección de bautizados y creyentes es, sin duda, porque, en medio de todo, tanto la Reforma como el humanismo antropocéntrico conservaban, a pesar de su repulsa por lo anterior, no pocos elementos cristianos. Aun cuando en algunos puntos negaran la fe católica o la doctrina moral, la noción de Europa y una cierta comunidad espiritual pervivía incluso en medio del fragor de la guerra de los Treinta años, pues como recuerda Ch. Dawson, en el siglo XVII «no existía telón de acero», y además, «las divisiones ideológicas entre católicos y protestantes no ofrecían barreras serias a la transmisión de la cultura, como podemos ver en la gran popularidad que gozaba en la Europa protestante un moralista jesuita como Baltasar Gracián»². Fueron necesarios algunos siglos más, y una lenta y progresiva corrosión del pensamiento cristiano y de la visión cristiana de la vida, para llegar a la situación de mayor división religiosa, pues la defección de los bautizados, de hecho, los sitúa fuera de la fe.

3. *Al reencuentro de los valores perdidos*

Al llegar a este punto, después de recordar cuáles fueron las raíces de Europa y las causas de la crisis por la que atraviesa, el Papa hizo su llamamiento a Europa. Fue, quizá, el momento de mayor emoción, cuando por el modo y el contenido recordó aquel grito de la homilía que pronunció en la solemne Misa con que oficialmente comenzaba su Pontificado, cuando exclamó con voz potente: «¡No tengáis miedo!».

Ahora, en Santiago de Compostela, llena la catedral de las más variadas gentes, en tono pausado y solemne y con una gran fuerza, dijo:

«Por eso yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca, que se ha considerado siempre europea por sus orígenes, tradiciones, cultura y relaciones vitales; eslava entre los latinos y latina entre los eslavos. Yo, Sucesor de Pedro en la Sede de Roma, una Sede que Cristo quiso colocar en Europa (...). Yo, Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia uni-

2. Chr. DAWSON, *o.c.*, p. 260.

versal, desde Santiago, te lanzo, vieja Europa, un grito lleno de amor: *Vuelve a encontrarte. Sé tú misma*. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad... (47,4).

Fue, finalmente, un grito de esperanza, más aún, de confianza en las posibilidades de Europa para rehacerse. Sirviéndose de un célebre pasaje del Evangelio, el Papa, en su interpelación a Europa, le recordaba: «tú puedes ser todavía faro de civilización y estímulo para el progreso del mundo. Los demás continentes te miran y esperan también de ti la misma respuesta que Santiago dio a Cristo: *lo puedo*» (47,4).

Puede, indudablemente. Europa puede volver a ser lo que fue, y aun más; puede, de nuevo, orientar la cultura de modo que sea instrumento de civilización, no fermento de descomposición. Europa puede, pero ¿desde dónde? ¿con qué recursos?

4. *Los caminos de renovación*

Cuando Juan Pablo II, hijo de la nación polaca, sucesor de Pedro, Obispo de Roma, Pastor de la Iglesia universal, hizo su llamamiento a Europa, apeló a sus orígenes, a su identidad, a sus raíces, a los valores que la hicieron y que le dieron su grandeza: *vuelve a encontrarte*.

Europa puede efectivamente encontrarse a sí misma, pero con una condición: que rectifique los errores que la han conducido a un estado próximo a la desintegración y la han relegado a un estado de postración e inoperancia jamás alcanzado. Europa puede volver a ser una «con el debido respeto a todas sus diferencias, incluidas las de los diversos sistemas políticos».

«Si vuelve a pensar en la vida social con el vigor que tienen algunas afirmaciones de principio como las contenidas en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, en la Declaración Europea de los Derechos del Hombre, en el Acta final de la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación de Europa; si Europa vuelve a actuar, en la vida específicamente religiosa, con el debido conocimiento y respeto a Dios, en el que se basa todo derecho y toda justicia; si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo...), su futuro no estará dominado por la incertidumbre y el temor, antes bien se abrirá a un nuevo período de vida, tanto interior como exterior, benéfico y determinante para el mundo, amenazado constantemente por las nubes de la guerra y por un posible ciclón de holocausto atómico» (47,5).

Recuperar de nuevo la verdad, acoger de nuevo a Cristo, abrirle las puertas de la cultura, de la economía, de la política. Legislar de nuevo con el conocimiento y respeto a Dios, «en el que se basa todo el derecho y toda la justicia». Si no hay un fundamento objetivo, independiente de la voluntad de los hombres, el derecho no existe, pues no puede llamarse derecho a lo que decida el legislador o el que tiene el poder y la fuerza. Si no hay una norma objetiva, independiente de la voluntad de los hombres, que mida las acciones, y con arreglo a la cual algo pueda declararse justo o injusto, entonces no hay justicia, porque hasta las leyes, para que lo sean (y por tanto, tengan el poder de obligar) tienen que ser justas, es decir, de acuerdo con una ley superior de la cual reciba su bondad y su legitimidad (que es algo más que una mera legalidad).

Nadie, ni nada, puede sobrevivir si pierde su identidad, es decir, si deja de ser lo que es. Si Europa es una comunidad de pueblos cuya unidad le viene dada por una cultura, una tradición y unos valores nacidos de la fe cristiana, sólo volviendo a sus orígenes, avivando sus raíces, reviviendo los valores que le hicieron gloriosa y benéfica, en una palabra, recuperando su identidad, siendo, de nuevo, ella misma, podrá sobrevivir. La decadencia de Europa, iniciada con el desgarrón que sufrió en el siglo XVI (y del que todavía no se ha recuperado), ha llegado en nuestros días a extremos peligrosos. La fe en la Revelación ha sido sustituida por la fe en sistemas ideológicos, y hasta hubo un tiempo, a fines del XVIII y principios del XIX, en el que se pensó que el cristianismo era una religión a extinguir, que su ciclo histórico se había cumplido, y que una nueva religión iba a ocupar su puesto para informar la nueva época que nacía entonces, del mismo modo que el cristianismo informó la época que nació de las ruinas del Imperio Romano. El resultado sólo fue una aceleración en el proceso de disolución de Europa, tan pronto estas ideas comenzaron a abrirse paso al ser adoptadas por quienes podían influir en los pueblos.

Quizá por esto quiso el Papa que estuviera presente en Compostela una representación de obispos del continente: pues si la recuperación de Europa debe ser una consecuencia de su unidad, y ésta, a su vez, resultado de avivar la raíz de la que proviene, esto es, de la fe cristiana, evidentemente es la Iglesia, y en concreto quienes tienen la responsabilidad de las iglesias locales de los distintos países europeos, quienes deben recristianizar (si se puede expresar así) las inteligencias mediante la enseñanza de las verdades de la fe y confortar las voluntades para que, de nuevo, abracen los valores que hicieron de Europa un faro de luz. Pues sólo si edifica sobre la verdad, que es Cristo, puede haber garantía de acierto y perdurabilidad. Si, como recordó el Papa, la causa de la división religiosa de Europa está menos en las grietas que se abrieron a través de los siglos que en «la defección de

bautizados y creyentes de las razones profundas de su fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida», entonces la tarea de evangelización está en hacer que los bautizados vuelvan a *vivir* en consonancia con la fe que recibieron.

Un renacimiento espiritual y cultural de Europa sería, sin duda, el fruto de la interacción de muchos factores: sociales, políticos, económicos. Pero el esfuerzo ordenado a ese resurgir debe inspirarse en la raíz fecundante de esos diversos factores, que no es otra sino el sentido de Dios y del hombre que plasmó la identidad histórica de Europa. Y, por encima de todo, está el esfuerzo evangelizador en su sentido más estricto: sólo él hará emerger de nuevo aquella raíz fecundante. En este sentido, la contribución de la Iglesia al renacer de Europa consistirá en ejercer su misión específica, es decir, la misión que la Iglesia tiene en cualquier lugar del mundo: predicar el Evangelio de Jesucristo luchando por vivir ese Evangelio. Esto equivale a decir que ese esfuerzo ha de estar basado esencialmente en los medios sobrenaturales, pues con sólo medios humanos no puede conseguirse nada que esté por encima de lo meramente natural. «Si Dios no abre el corazón del que escucha —recordó San Gregorio Magno— vana es la palabra del que predica». Y la llave que abre los corazones para que entiendan, se conviertan y vivan, es la oración y el sacrificio, y no hay otra. No es una pura casualidad que los hombres que hicieron posible la unidad de Europa fueran santos.

Europa puede rehacerse: el mensaje del Papa fue alentador, porque tratándose de una conversión, de poner a Cristo a la cabeza de las actividades humanas, de infundir el espíritu del Evangelio a la cultura y al derecho, a las leyes y a las costumbres; tratándose, en fin, de lograr todos aquellos bienes que Jesucristo nos ganó con su Redención, es claro que, si ponemos los medios adecuados, cambiará la mentalidad de los hombres como cambió la de los que vivían en los siglos VI, IX ó X. Y si de nuevo los hombres vuelven a ser de verdad cristianos, si de verdad la doctrina de Cristo vuelve a empapar la sociedad, entonces Europa habrá redescubierto sus orígenes, reencontrado su identidad y avivado sus raíces. Y otra vez podrá desempeñar su papel en la Historia.

F. Suárez
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Navarra
PAMPLONA

II. EL SERVICIO A LA FE: HORIZONTES PASTORALES

